



Estudios de Literatura Colombiana
ISSN: 0123-4412
revistaelc@udea.edu.co
Universidad de Antioquia
Colombia

Orrego Arismendi, Juan Carlos
Lo indígena en El rejo de enlazar
Estudios de Literatura Colombiana, núm. 18, enero-junio, 2006, pp. 178-182
Universidad de Antioquia
Medellín, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=498357117011>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

Lo indígena en *El rejo de enlazar*

Juan Carlos Orrego Arismendi*

Universidad de Antioquia

Recibido: 4 de abril de 2006. Aceptado: 24 de abril de 2006 (Eds.)

En un artículo sobre la presencia de lo indígena en la literatura colombiana, Fabio Gómez Cardona expresa que la narrativa nacional deja ver una tradición muy distinta a la de países como Perú, Ecuador y México, donde la literatura sobre la vida india se ha manifestado de diversos modos en varios momentos de la historia. El crítico, por ejemplo, está persuadido de que la célebre secuencia indianismo-indigenismo-neoindigenismo, fácilmente deducible de la historia literaria peruana, no puede encontrarse en Colombia, donde “no ha existido esa tradición crítica, intelectual y social de pensamiento a nivel artístico y antropológico tan fuerte como en el Perú, o en México” (54).

Dos consideraciones, sin embargo, hacen ver lo deleznable de la opinión de Gómez. Por un lado, desconoce que uno de los filones más ricos de la novela histórica colombiana del siglo XIX fue precisamente el que se concentró en la vida aborigen antes y después de la Conquista y, así, no parece estar al tanto de que una fuente clásica y autorizada como la *Evolución de la novela en Colombia* (1975) de Antonio Curcio Altamar —por mencionar sólo una— ofrece un inventario comentado de casi una decena de novelas de esa índole, entre *Ingermina o la hija de Calamar* (1844) de Juan José Nieto y *Los gigantes* (1875) de Felipe Pérez; Gómez apenas anota que “se hace necesario realizar una revisión historiográfica de la literatura colombiana” pues, frente al tema de su interés, “la crítica ha sido ciega e insensible” (54). No obstante, él mismo participa de esa dolencia, pues, antes que escudriñar en la historia más temprana de nuestras letras en busca de indígenas, practica un pintoresco sondeo en que considera las novelas canónicas colombianas, encontrando que en *María* (1867) no aparecen indios, que en *La vorágine* (1924) hay una “presencia trascendental [...] del

* Magíster en Literatura Colombiana y profesor en la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de la Universidad de Antioquia (jorrego@geo.net.co).

mundo indígena” y que en *Cien años de soledad* (1967) hay un insospechado potencial de etnología guajira, si bien, en gran parte, parece ser el mismo Gómez quien sobrepujara esa vena autóctona; en efecto, propone como de cuño wayúu elementos tan generales como la importancia de los sueños en la novela y las relaciones habituales entre vivos y muertos (55-59).

La combinación del gesto que se omite con aquel del que se abusa —esto es, una revisión minuciosa de las páginas del siglo XIX con la intención de aislar elementos concretos en que pudiera representarse lo indígena— llevaría sin duda a descubrimientos no sólo más sólidos sino más novedosos. Se tendría la oportunidad, por ejemplo, de incluir dentro de las novelas sobre lo indígena a *El reyo de enlazar* (1973, póstuma) de Eugenio Díaz Castro si se la leyera con el entusiasmo antropológico con que Gómez se paseó por la obra cimera de Gabriel García Márquez. Y decimos que el hallazgo sería original —o relativamente, al menos— pensando que la novela de Díaz no sólo significa un título más en un listado de novelas con aborígenes sino, sobre todo, porque puede ser la primera que insinúe una perspectiva indigenista en un marco de novelas preocupadas, con aplastante aliento épico, por recrear la historia de los imperios indios del pasado en romántica lucha contra la dominación española. Lejos de eso, en *El reyo de enlazar* los indios —que, claro está, no son protagonistas y aparecen acompañando de vez en cuando las acciones de los protagonistas hacendados— son contemporáneos a las acciones decimonónicas de guerra civil y son motivo de sentidos reclamos de justicia social por parte del narrador —a veces un personaje—, indignado ante las rebatías de tierras y derechos perpetrados contra la población india de la Sabana de Bogotá.

En vida, Eugenio Díaz publicó, en el periódico misceláneo *El Mosaico*, un relato corto en que ya se expresaban los motivos clásicos del indigenismo ortodoxo, “María Ticince o los pescadores del Funza” (1860). Allí se cuenta el drama de una familia que, sin que importe su legítimo ascendiente muisca, ha sido despojada del derecho de poseer la tierra de sus ancestros, ha sido privada de pescar en las aguas más favorables y es usada como cuota política en las intrigas ídem de mediados de siglo. Elisa Mújica, haciendo las veces de portavoz de toda una saga de estudiosos de la obra del escritor de Soacha, informa que esa narración ha sido “considerada por muchos como el anticipo magistral de la novela indigenista aún no escrita en Colombia” (1985, 9). Sin embargo, ese reconocimiento no ha alcanzado para otras obras de Díaz que, como *El reyo de enlazar*, fueron escritas después de las desavenencias que entre el escritor y los contertulios de *El*

Mosaico generó la corrección estilística de *Manuela* (1858), y que el autor mantuvo inéditas mientras vivió.

El reyo de enlazar narra, a través de una secuencia de varios cuadros de costumbres de la vida agrícola y en diversos momentos de una historia familiar, la apacible vida en dos haciendas sabaneras, El Olivo y La Pradera, cuyos vástagos contraen matrimonio entre sí para perpetuar el statu quo de un feudalismo generoso que, incluso, se sobrepone a la amenaza de las guerras civiles, representadas en este caso por las escaramuzas provocadas en torno a la dictadura de José María Melo (1854-1855). Entre los concertados de las haciendas se cuentan algunos indios de los que se tiene, en la narración, temprana noticia: “hemos hablado de los *chinos*, y es necesario explicar este sustantivo desde su etimología. Tal vez llamaron los españoles así a los muchachos muiscas” (Díaz, 21). Mientras se desarrolla la novela, van apareciendo elementos que, como los chircates o mantas, las ruanas tejidas en telares y los husos, caracterizan la cultura material de los peones amerindios, algunas de cuyas prácticas también han logrado sobrevivir a treinta años de conseguida la independencia, como ocurre concretamente con los usos lingüísticos (en medio de su erudición sobre especies naturales, el narrador asocia algunos apelativos vegetales a la cosmovisión de los descendientes muiscas) y técnicas de cacería que, como la bodoquera, incluso pueden extenderse hasta Neiva. Lo interesante es que esta presencia cultural, lejos de constituir las excrecencias de una prescindible manifestación étnica, parece ser motivo de reivindicación continental en la novela, a juzgar por las palabras de una de las jóvenes habitantes de la hacienda La Pradera: “Yo no sé qué especie de simpatías tengo por esta raza [...]. Los indios ejercen en toda la América del sur lo más delicado de las artes, dicen que son los mejores soldados, proveen a los mercados con los renglones más exquisitos y tienen la cualidad de amar sus tradiciones” (132).

Podría pensarse que se habla de usos indígenas en medio del entusiasmo costumbrista por pincelar la totalidad de las palpitaciones de la vida provinciana (razón que, posiblemente, también llevaría la guerra civil hasta los cuadros de la novela), pero lo cierto es que ese ambiente de tradición milenaria amarrada a la vida republicana acaba por detonar un especial sentido político en estampas que, en la novela, son decididamente indigenistas. Así ocurre con las apariciones de Marcelino Cogua, un indio que, habiendo peleado en la Campaña Libertadora hasta alcanzar el grado

de Sargent, ahora se ve reducido a una vida miserable, “tan pobre que ganaba la comida limpiando zanjas entre el lodo y las aguas detenidas, cuando se lo permitían las heridas que había recibido en Junín, Pichincha y el Santuario” (104). No se hace patente el carácter de desposeído de Cogua sólo por el contraste con la gloria que debió depararle la guerra, sino también por el merecimiento político que debía alcanzarle por la línea de sus antepasados, “tal vez descendiente de algún cacique o jeque de la antigüedad” (152). El indigenismo ortodoxo del siglo XX —en Colombia representado, acaso de modo inigualable, por *José Tombé* (1942) de Diego Castrillón Arboleda— pedirá, como contexto de sus reclamos, cuadros de injusta sevicia occidental y alzamientos indígenas en torno al discutido derecho de poseer una tierra, mientras que en esta novela embrionaria decimonónica parece no haber, para lograr la reivindicación de la figura india, una estrategia más convincente que una melancólica crónica de los pequeños e inocuos vestigios de una larga historia americana que aún tiene el vigor de mezclarse entre la intentonas de un progreso de inspiración foránea. Aún sin los aspavientos de una guerra indígena, y apenas ante un viejo cansado con apariencia de cacique, uno de los personajes de *El rejo de enlazar* encuentra justificado un grito de inconformidad: “¡Pobres indios, esclavos de los conquistadores y de los libertadores!” (194).

Es preciso anotar que la incursión de Eugenio Díaz por el tema indígena no es exclusiva del *El rejo de enlazar*, toda vez que *Los aguinaldos en Chapinero* (1873, póstuma) incluye entre sus personajes a Neuque, un indio noble y sumiso que, según Elisa Mújica, “prefigura [...] a las criaturas que sufren y mueren en María Ticince” (1985, 31), y que en *Bruna la carbonera* (1879-1880, póstuma) se narran los paseos de un geólogo y naturalista por la zona rural aledaña al río Funza, escenario en que se insinúan vestigios de la antigua vida en la Sabana de Bogotá que incluyen algunos petroglifos tallados por remotos nativos cerca de los cauces de agua. A un lado de estos datos, el narrador confiesa el influjo recibido por el *Compendio histórico del descubrimiento y colonización de la Nueva Granada* (1848) del Coronel Joaquín Acosta, siendo lícito suponer, igualmente, la parte que en todo esto podría corresponder a las *Antigüedades neogranadinas* (1854) de Ezequiel Uriocoechea.

Sería interesante reconstruir la senda que habría caminado el indigenismo colombiano entre este inaugural proyecto de Eugenio Díaz y la época clásica del subgénero, y sobre todo si se considera que la modalidad ensa-

yada por el autor de *Manuela*, antes que ser una “etapa primaria” de nuestro indigenismo, podría ser vista, más bien, como una alternativa ya acabada que tendría, por ejemplo, manifestaciones posteriores en una novela como *Chambú* (1947) de Guillermo Edmundo Chaves, donde un modesto hilo de voz reivindicadorio recorre la narración, alimentado por informes menudos de carácter etnológico que, sin muchas pretensiones aparentemente, establecen el color cultural de la tierra habitada por los personajes.

Ese tipo de hipótesis, sin embargo, chocan con la general tendencia a entender la presencia del indio en la literatura latinoamericana desde una perspectiva evolucionista, según la cual el incauto y casto indianismo del siglo XIX se vio superado por el indigenismo militante que se echó a rodar a partir de la segunda década del siglo XX, a su vez superado por un neoindigenismo que, a mediados del mismo siglo, puso las lecciones del realismo mágico al servicio de la comprensión de la cosmovisión indígena. Incluso, a juzgar por las reflexiones de Mark R. Cox, la realidad de la narrativa peruana —inspiradora de todas estas categorías— pide añadir a esta secuencia la actual etapa de la “literatura andina”, caracterizada por la inclusión del tema de la violencia política —habría que suponer que también el narcotráfico— y la mayor cercanía de las historias con los centros urbanos (Cox, en línea). Sin embargo, ¿permite esta fórmula entender la heterogeneidad con que, seguramente desde sus inicios, se ha manifestado el tema indígena en la literatura? No, sin duda, y mientras prevalezcan las valoraciones generales de este tipo de obras no serán visibles novelas como *El rejo de enlazar* en el siglo XIX, o como *Siervo sin tierra* (1954) de Eduardo Caballero Calderón —un ejemplo entre muchos—, novela que, posiblemente, no repose con entera comodidad en el nicho de novela campesina en que hasta ahora se ha mantenido.

Bibliografía

- Cox, Mark R. “Perspectivas hacia una definición de la narrativa andina peruana contemporánea”, en: http://www.andes.missouri.edu/ANDES/comentario/MRC_Perspectivas.html. 19 enero, 2006.
- Díaz Castro, Eugenio. *El rejo de enlazar*. Medellín: Bedout, 1979.
- Gómez Cardona, Fabio. “Presencia de lo indígena en la literatura colombiana”, en: *Polígramas*, No. 16. Cali: 2000, 51-65.
- Mujica, Elisa. “Nota crítico-biográfica sobre Eugenio Díaz Castro”, en: *Novelas y cuadros de costumbres*, Tomo I. Eugenio Díaz Castro. Bogotá: Procultura-Presidencia de la República, 9-36.